

Colección Ariel

N.º 27

PRECIOS:

El número suelto..... 10 cénts.
La serie de cinco números... 50
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
EN FOLLETOS DE 32 PÁGINAS
DIRIGIRSE A LA CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	Pág.
F. DOSTOIEVSKY.— <i>La Noche-buena de los niños pobres</i>	1 ✓
CESAR LOMBROSO.— <i>El testimonio de los niños en el tribunal</i>	6 ✓
JUAN R. JIMENEZ.— <i>Los niños abandonados</i> ...	9 ✓
ENRIQUE JIMENEZ NUÑEZ.— <i>El ambiente espiritual del niño</i>	10 ✓
EDMUNDO DE AMICIS.— <i>En el album de un padre</i>	14 ✓
LEON TOLSTOI.— <i>La infancia</i>	21 ✓
MÁTILDE PARMENTIER.— <i>Escolares dichosos</i>	25 ✓
JOHN RUSKIN.— <i>La imaginación en la niñez</i> ..	26 ✓
LUIS ROSADO VEGA.— <i>El lugar vacio</i>	27 ✓
R. KATALINICH JERETOV.— <i>Commiseración</i> .	28 ✓

Diciembre de 1908

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

MATERIAL PUBLICADO

en la serie 13=27 de ARIEL

AUTORES	TITULOS	Núm de ARIEL
Acker, Paul.....	Destruir el pudor es destruir la familia.....	25
Anónimo.....	Walter Reed.....	23
Aulo, Gelio.....	Androclo y el león.....	24
Argüello, Santiago.....	Elegías.....	23
Baker W., Samuel.....	La filosofía de un salvaje.....	23
Balzac, Honorato.....	Una pasión en el desierto.....	13
Becquer, Gustavo A.....	Los ojos verdes.....	21
Bello, Andrés.....	Traducción del <i>Miserere</i>	25
Binet, Sanglé.....	De la responsabilidad penal.....	21
Blanco Fombona, R.....	Todas las colonizaciones son semejantes.....	15
Berthelot, Marcelino..	La ciencia y la moral.....	20
Bruyere La.....	La Guerra.....	21
Baumbach, Rudolph ..	Los Diablos en las praderas del cielo. El arbol de oro.....	18
	Trudchen en el bosque.....	9
	Ranunculus.....	26
Brenes Mesén, Roberto	Cosa Imposible. La ola y el viento	14
	Cerca y distante. El arbol poeta	18
	La fantasía.....	24
	Estudio de <i>Las Fuerzas Naturales</i> de L. Lugones.....	18
	Estudio de los <i>Jardines Lejanos</i> de Juan R. Jiménez y de <i>La crisi della Scienza</i> de A. Loria....	19
	Estudio de <i>L'exil de Rama</i> de Valmiki.....	20
	Estudio de <i>La Cópula</i> de Salvador Rueda.....	21
	Estudio de <i>Ojo y Alma</i> de Santiago Arguello.....	22 23
	Estudio de <i>L'eau de mer</i> de R. Quinton.....	25
	Una escena.....	26
Calogerópulo Demetrio	El viajero.....	19
Carlyle, Tomás.....	Los verdaderos dueños del suelo	14
	Trabajo.....	25
Cicerón.....	La espada de Damocles.....	22
Chateaubriand.....	Un juicio sobre El Reconocimiento de Ulises y Penélope.....	16 17
Chocano, José S.....	La América del Porvenir.....	14
Deledda, Grazia.....	Manzela.....	15
De Vigny, Alfredo.....	Asesinando á hombres dormidos	23
Dostoiewsky, Feodor ..	La Noche-buena de los niños pobres.....	27

COLECCIÓN ARIEL

Nº 27

✓ La Noche-buena de los niñitos pobres

Un muchachito bien pequeño, como de seis años ó menos aun, se despertó una mañana en una especie de bodega húmeda y fría. Metido en un sobretodo chico y miserable, tiritaba y al respirar, el aliento le salía como un vaho blanco. Sentado sobre un baúl y fastidiado de hallarse en aquel rincón, se divertía produciendo este vaho y viéndolo desvanecerse en seguida; pero él tenía mucha hambre; en la mañana habíase acercado al lecho de tablas en que su madre enferma reposaba sobre una estera, con la cabeza fija en un rollo de trapos á modo de almohada.

Por qué se hallaba aquella mujer en aquel sitio? De seguro había llegado con su hijito de alguna otra ciudad y había enfermado derrepente. En aquella bodega cada inquilino tenía su rincón aparte; ahora se habían ido todos: era un día festivo; uno solo se había quedado en cama, completamente ebrio desde la víspera, como si hubiera creído, sin duda, que la fiesta demoraba en llegar.

Una vieja octogenaria y reumática gemía en otra esquina del aposento. No se sabe en qué tiempo había sido aya y ahora se moría, sola, quejándose y gruñendo contra el chiquillo que concluyó por tener miedo de acercársele. Algo que beber había encontrado en alguna parte del vestíbulo: pero no había podido conseguir una migaja de pan y por la décima vez volvía hacia su madre y se empeñaba en despertarla. Terminó por asustarse en medio de aquella oscuridad: tiempo hacía de haber oscurecido y el fuego aún

no alumbraba. Después de haberle tocado la cara á su madre, se sorprendió de sentirla por completo inmóvil y tan fría como el muro.

—Aquí hace mucho frío, pensó.

Permaneció algún tiempo más cerca de su madre; posando su manecita sobre la espalda de la muerta, se soplaba los dedos para calentárselos y cogiendo la gorra que se le había caído, salió á tientas de la bodega. Habría ido más ligero, si no hubiese sido por el miedo que le tenía al perro grande que ladraba todo el tiempo en la escalera, cerca de la puerta del vecino; pero el perro ya no estaba y el chico salió con presteza á la calle.

Dios! qué cuidado! Jamás había visto nada semejante. Allá abajo, en el país de donde él venía, no se ve la noche, ni el cielo ni la tierra; con una sola linterna se alumbraba toda la calle; postigos cierran las ventanas de miserables casuchas de madera; apenas oscurece, en la calle no se ve una alma, todo el mundo se encierra en su casa; solo grupos de perros, de centenaes, de miles de perros, que aullan y ladran toda la noche. Pero en cambio hacía calor allá abajo, se le daba de comer, mientras que aquí, cuanto ruido, cuanta gente, cuantos caballos y coches y sobre todo ese frío, ah, ese frío! Un vapor congelado se escapa de las narices de los caballos fujeteados y jadeantes; sus cascos herrados hacen resonar las piedras á través de la nieve frágil, todo el mundo se empuja á quien logra más y él, buen Dios, él está del tal modo hambriento que se contentaría con cualquier cosa! Y para acrecentar su desventura sus deditos se ponen á la vez á hacerle tanto daño!

He aquí otra calle. Oh! esa sí que es ancha!

Hay el riesgo de que á cada instante lo hagan pedazos á uno! Qué rumor, qué vaivén y qué de luces, qué de luces! Y esto, qué es? Ah! qué vidrio tan grande! Al través de él se ve una sala bonita y en ella un arbolito que toca al techo; es un arbolito de Nochebuena: brillante con sus milares de candelitas y de papeles dorados, agobiado de manzanas, de muñequitas y de minúsculos caballos; allí, niños limpios y bien vestidos se

divierten, ríen y juegan, comen y beben. He allí una niña delicada que se pone á danzar con un compañerito; qué linda niña! Hasta la música se oye al través del vidrio. El pobrete mira, se sorprende y ríe, aun cuando sufre de los pies y de los dedos, sus dedos helados, ahora del todo rojos y que no puede doblar porque el dolor se lo impide. Derrepente se acuerda de este dolor, llora abundantes lágrimas y corre más lejos.

He aquí una vidriera más y otra sala; ve otro árbol y mesas llenas de pasteles de todas clases y colores, de almendras rojas y amarillas; cuatro damas ricas los distribuyen á cualquiera que venga de la calle por la puerta que se abre á cada instante y que permite la entrada á casi todo el mundo. El muchachillo se acerca á escondidas, empuja bruscamente las hojas de puerta y él también se introduce. Ah! qué grita, qué indignación!

Una dama se le acerca rápidamente, le desliza en la mano un centavo y se apresura á abrir la puerta para que salga. Que miedo tiene, el pobrecillo! El centavo se le cayó muy luego de las manecitas y resonó en las gradas de la escalera: no había podido doblar sus pequeños dedos rojos para retenerlo.

Sale por lo tanto y echa á correr ligerito sin saber para donde; desea llorar más, pero tiene miedo y corre siempre soplando sus deditos helados. Está poseído de angustia porque se siente solo y abandonado... Y, de pronto, oh cielo!, pero qué es lo que hay todavía! Una muchedumbre se detiene delante de una vidriera y algo admira: detrás de la vidriera hay tres muñecos, vestidos de rojo y verde, enteramente, enteramente vivos! Un viejo aparece tocando un gran violón, otros dos se hallan á su lado y pasan el arco sobre instrumentos más chicos: sacuden á compás las cabezas, se miran, mueven los labios y sin duda conversan, pero por desdicha no se les oye á través del vidrio.

Al principio el chiquillo pensó que eran seres vivos pero luego comprendió que no eran más que muñecos y se puso á reír. Jamás los había visto

de ese modo y ni aún sabía que existieran semejantes. Todavía quiso llorar, pero al mismo tiempo le parecieron tan divertidos los muñecos!

De pronto sintió que alguien lo agarraba por detrás: un muchacho grande y perverso, Dios sabe por qué, le dió un terrible puñetazo en la cabeza, le quitó la gorra y se la botó al suelo. Él infeliz oyó gritos á su alrededor. Entre corrido y miedoso se levantó y corrió sin saber adonde... Derrepente se encontró en un patio y se ocultó detrás de un montón de leña.

—Aquí nadie me hallará, pensó, por otra parte todavía es de noche.

El se acurrucó y se encogió; el miedo lo oprimía, respiraba penosamente; pero de pronto se sintió tan bien, sus manecitas, sus pies ya no le hacían daño y él tenía calor, calor como si hubiera estado cerca de una estufa. Bruscamente, un escalofrío sacudió todo su cuerpo; es que había estado á punto de dormirse. Qué bueno sería echar un sueñito allí!...

—Descansaré un poco y enseguida me iré á ver más los muñecos, pensó el muchachillo sonriendo con este recuerdo;... como si fueran personas completamente vivas!

De repente, le pareció oír á su madre que cantaba cerca de él.

—Mamá, yo duermo, ah! dormir aquí hace mucho bien!

—Ven y verás mi árbol de Noche-buena, hijito, cuchicheó á su oreja una dulce voz.

Por el momento creyó que era siempre su madre, pero no, no era ella. Entonces quién lo llamaba de tal modo? Allí á nadie vió, pero alguien se inclina sobre él y lo abraza en la oscuridad, al mismo tiempo que le tiende la mano; y, de pronto, ah! qué luz, qué arbolito de Nochebuena! No, no es el mismo... jamás ha visto uno parecido! En dónde se halla, pues? Qué esplendor! qué brillo! qué de muñecas por doquiera!... pero enseguida reconoce que aquellas si son verdaderas muñecas, niñitas reales, aun cuando le parecían sus rostros de una serenidad extraordinaria. Ellas giran y dan

vueltas á su alrededor, lo enlazan, lo abrazan, y lo arrastran consigo; él también, él vuela como los otros y distingue á su madre que le observa alegre y sonríe viéndolo revolotear.

—Mamá, mamá, qué bien se pasa aquí! grita abrazando á los niños.

Y se apresura á hablar de los lindos muñecos que ha visto al través del vidrio.

—Quienes soís, queridos niños y niñas? les preguntó sonriente.

—Este es el árbol de Navidad del Señor Jesucristo. En esta noche el Cristo tiene siempre un árbol de Navidad para los niños chicos que no lo tienen allá abajo...

Y sabe entonces que todos aquellos niños, que todas aquellas niñas, son como él: unos, abandonados por sus madres, muertos de frío en sus cunas, expósitos en las escaleras, á las puertas de los funcionarios de San Petersburgo; otros, ahogados en casa de las nodrizas campesinas encargadas de cuidarlos por recomendación del hospicio de niños expósitos; esos, muertos sobre los pechos agotados de sus madres; aquellos, asfixiados en el aire encerrado de los carros de tercera clase. Todos estos niños allí están ahora: se parecen á los ángeles y rodean al Cristo. He aquí que él mismo les tiende las manos y los bendice junto con sus madres. Estas se hallan á un lado y lloran; cada una reconoce á su hijo ó á su hija: los cuales corren hacia sus mamás, las abrazan, enjugan sus lágrimas con sus manecitas y les suplican que no lloren más porque ellos allí están muy bien...

Al día siguiente, el guardián de la casa encontró detrás del muro de leña el pequeño cadáver del muchachito estraviado.

Féodor Dostoievsky (*)

(*) Autor ruso, gran novelista (1821-1881). Su novela maestra es *Crimen y Castigo*. Otras obras suyas: *Pobres gent s*, *La casa de los muertos*, *El Idiota*. En sus obras glorificó «todo el sufrimiento de la humanidad...» Es un autor muy recomendable.

El testimonio de los niños en el tribunal

Tiempo atrás hablé de los testimonios en general, así como de la extrema prudencia, habilidad y recelo con que debe obrar el juez para comprobar y autenticar su veracidad. Es tan tenue algunas veces el fundamento en que se apoya la culpabilidad de un hombre y del cual depende su perdición y su condena!

En la actualidad se está discutiendo en Italia una cuestión que, á este propósito, podría servir muy bien de ejemplo saludable destinado á esclarecer la religión de los jueces y hacerles sentir todo el peso de la grave responsabilidad que asumen en sus delicadas funciones. Trátase de un hombre condenado á 12 años de presidio por un testimonio de su propia hija, que más tarde ésta misma ha reconocido como falso.

He aquí el hecho en toda su trágica sencillez. Una niña llamada Luisa Frontini, nacida de un matrimonio infeliz—padre indigente, vagabundo, incapaz de trabajar, madre criminal, viciosa—fué violada á la edad de siete años por un esquilador de perros, amante de la madre, como se ha sabido más tarde. La niña cuenta á su madre el acto abominable de que ha sido víctima; pero ésta le ordena que se calle y, para pagar su silencio, le regala la suma de QUINCE CÉNTIMOS!

Cuatro años después, esa madre—si es que puede darse este dulce nombre á mujer tan depravada—quiere quitarse de enmedio á su marido y, para ello, imaginó que lo mejor sería acusarlo del infame atentado de que había sido objeto su hija.

Así lo hace, presentando la debida acusación ante el tribunal, el cual, como era lógico, pide la comparecencia y la declaración de la niña. Pero buen cuidado había tenido la madre de preparar la antes, valiéndose de toda clase de medios para intimidarla y dictándole, por decirlo así, la lección que debía recitar ante el juez instructor. Bien es verdad que la pobre niña, después de la declaración detallada de la madre, poco tuvo que decir

para explicar el hecho; sus gestos hicieron más que las palabras: la cosa no puede ser más sencilla; en el pequeño barracón donde el padre se ocupaba en vender frutas, en verano, atrajo un día á la niña, bajo las cortinas, y allí, sin preámbulos, bestialmente abusó de ella.

El padre, indignado, protesta y grita su inocencia; pero el juez no le escucha considerando que ante el testimonio de la víctima no cabía la menor duda, y el tribunal, sin otro examen, le condena á 12 años de reclusión y de trabajos forzados.

Pasado algún tiempo, su mujer muere y la niña fué recogida en un convento. Un día, en la clase de catecismo, oye á una hermana explicar lo que es la calumnia, el falso testimonio, terrible pecado que Dios castiga con el Infierno, etc.

La muchacha se turba, pónese á llorar y finalmente, llena de angustia y terror, se decide á comunicar á la religiosa el falso testimonio con el cual había hecho condenar á su propio padre. Pero la hermana, espantada y temiendo un escándalo en el convento, ordenó á la niña que se callara y que á nadie confiara el terrible secreto.

Poco después, la niña cae enferma y, reconocida como tuberculosa grave, es conducida á un hospital donde se siente cada día más atormentada por el remordimiento. Por último no pudiendo resistir más, revela la verdad á una tía suya que iba á verla en el asilo, diciendo que el autor del estupro había sido, no su padre sino Giolli, el esquilador de perros, y añadiendo que si acusó á su padre fué sugestionada por su madre y atemorizada por sus amenazas. Y esta misma declaración la repitió ante el juez antes de morir, jurando que la primera vez había mentido.

La pobre muchacha murió, hace un mes, á la edad de trece años; terrible existencia la suya! Y ahora se va á revisar el proceso, con el fin de buscar la manera de rehabilitar al padre infortunado, cuya inocencia acaba de ser tan claramente evidenciada. Ahora bien, lo innegable en este triste asunto es que la falta de este error judicia-

rio recae por entero sobre el juez instructor, quien obró con harta precipitación, sin pensar suficientemente las razones que militaban en pro y en contra en aquella terrible acusación.

No falta quien dice, para defender al magistrado, que hallábase ante un hecho comprobado, pues la niña había sido real y positivamente violada. Pero á esto cabe contestar que el juez no tuvo bastante en cuenta la constante protesta de inocencia, proferida por el padre y que no midió como debía el mediocre valor del testimonio de la niña, dados principalmente el medio que la rodeaba y las circunstancias en que fué presentada la acusación por la madre. En principio, hay que recelar siempre del testimonio de los niños.

No solamente los niños son muchas veces mentirosos porque sí, por simple fantasía, sino que también—y tal es el caso referido—son sumamente accesibles á la sugestión. Basta una amenaza ó una simple promesa para hacerles decir lo que se quiere, y ocurre con mucha frecuencia que se apropian de tal manera el caso ó casos que se les obliga á representar, que acaban por creer de buena fe que es cierto lo que en un principio se les hizo aprender como pura comedia; ellos mismos resultan engañados por su propia mentira.

Esos niños carecen de sentido moral, no comprenden en modo alguno al daño á que se exponen y á que exponen á los demás...; por este camino avanzan sin temor, porque van completamente á ciegas. Recibir un testimonio y ratificarlo, no es cosa difícil; lo que se necesita es pensarlo y comprobarlo.

La muchacha en cuestión, como más tarde se ha visto, era accesible al remordimiento y á la razón; el juez debió de haber buscado aquellas palabras y aquellos razonamientos más adecuados para hacerla vacilar, turbarse, contradecirse. No lo ensayó siquiera, ó lo hizo torpemente.

Más aun: es imposible que si el juez instructor hubiese procedido á una rigurosa y concienzuda información sobre el medio de donde partía la acusación, no hubiese concebido alguna duda. La

madre era la denunciante, y, sin embargo, esa misma mujer llevaba una vida infame: eran éstos bastantes elementos para inducir al juez á proceder con mayor cautela en la averiguación y en la apreciación de los hechos.

Si al menos una lección como ésta fuese aprovechada en la instrucción judicial de los otros procesos, para impedir nuevos deplorables errores! Por mi parte, lo dudo. El empirismo más grosero reina casi siempre en los dominios de la justicia. El juez cree, ay! con harta frecuencia, que su misión consiste en distribuir condenas, castigos, antes que hacer justicia.

César Lombroso

(*Prensa Libre*, 13-3-07.)

Cuida mucho de que el medio que rodee al niño sea elevado, y de que por delante de él sólo resplandezcan puros y nobles ejemplos.—*Séneca*.

✓ Los niños abandonados

Pobres niños que brotan en la vida,
como brotan las flores en la selva,
sin saber cómo brotan y sin ramas
que con sus hojas cubran su belleza!
Amadlos. Son culpables esos lirios
de nacer del estiércol de la tierra?
Nutridos del rocío de las lágrimas
sus corazones aman la tristeza:
si no murieran en su yerta aurora,
para siempre serían flores yertas!
En sus cálices blancos tienen almas
hinchidas de suavísimas esencias,
y solos como van, siempre sonríen
sin soñar en miradas ni en ternezas.
Con sus ojos nostálgicos parecen
adivinar que vienen á la tierra
á morir de olvido, cual las flores
que brotan en el fondo de la selva.
Su destino es secarse cuando ríe

el sol de la amorosa primavera;
ser nota negra y fría en la alborada
doliente inspiración de los poetas,
nieve en los valles florecidos,
héroes de melancólicas leyendas:
nacen para formar el lado oscuro
del contraste fatal de la existencia.
Yo no sé si más tarde de la muerte
renacerán cantando en una estrella;
mas, al llegar las noches de diciembre,
sus carnecitas sin calor se hielan
y se mueren soñando con los lobos
que tienen una madre que los quiera.

Juan R. Jiménez

A los niños debe enseñárseles á investigar por sí mismos.—
Orígenes.

✓ El ambiente espiritual del niño

Hemos visto que la buena alimentación, sana, abundante y nutritiva *durante la primera edad*, es decisiva en el modo de ser futuro del individuo. Del mismo modo la buena nutrición espiritual del niño, la buena dirección del ejercicio de sus facultades superiores, es trascendente para la evolución futura del hombre. En la Naturaleza, señores, en medio de la prodigiosa variedad que observamos, se destaca una portentosa unidad. La gran Maestra en todo y para todo aplica los mismos agentes, dirigidos hacia el mismo fin, inscritos en el gran libro con el mismo carácter de letra. En virtud de este principio de unidad, encontramos en todo las mayores analogías: el sueño es una imagen fiel de la muerte; los padres de familia en sus hogares desempeñan el mismo papel que los espíritus superiores en la dirección de los mundos; la indestructibilidad de la materia y la energía, siempre renacientes, bajo formas cada vez mejores, nos están indicando el hecho de la supervivencia y la reencarnación de las almas. En virtud

de esta analogía es como podemos afirmar,—y la experiencia directa así lo confirma,—que así como el organismo de un tierno niño es de gran plasticidad y permite en esta época la adaptación á las más variadas circunstancias, los vehículos inferiores del alma, lo que en términos teosóficos llaman vehículos astral y mental son también de gran plasticidad y están sujetos á las influencias que sobre ellos se ejercen durante la tierna edad. En otros términos, así como el organismo del tierno niño obedece á las influencias del medio, del ejercicio, de la alimentación, así también podemos modelar el alma del tierno niño mediante la influencia del *ambiente espiritual* que le rodea y que para nosotros debe constituir la verdadera educación.

Las cualidades *inherentes* al alma antes de la reencarnación, pueden ser buenas ó malas y existen en el niño como *tendencias*, como energías latentes en espera de oportunidades para el ejercicio. Estas tendencias pueden modificarse, 1º por herencia, que ayudará ó contrariará—dentro de ciertos límites—el desenvolvimiento de tales energías, y por la influencia del medio ambiente, ó sea por educación, que hará vibrar, en virtud del fenómeno de *vibración simpática*, los vehículos inferiores, produciendo el desarrollo ó la desaparición de las tendencias latentes del alma. Las tendencias del niño son, como he dicho, energías latentes *inactivas* en espera de oportunidades de desarrollo por medio del ejercicio. Ellas se desarrollan si son estimuladas ó concluirán por desaparecer en el caso contrario. Este fenómeno tiene lugar de un modo decisivo durante la tierna infancia, que es cuando el alma *responde*, por decirlo así, á los estímulos de fuera. De aquí se deduce la inmensa importancia de que el *medio ambiente* que rodea al niño durante la *tierna infancia* sea el mejor posible, é indica la necesidad de emplear, sobre todo en esa época, todos los medios de educación. Cuáles son las energías capaces de afectar profundamente la naturaleza plástica, espiritual del niño? Son el poder del pensamiento y la

fuerza de la voluntad de los que los rodean. Es necesario que hasta la edad de 8 á 10 años viva el niño en una atmósfera de nobles y elevados pensamientos y de generosas y templadas voluntades, que hagan vibrar al unísono con las suyas el pensamiento y la voluntad del niño. Este ambiente espiritual adecuado para el niño, no puede encontrarse más que en el hogar doméstico. De aquí la importancia inmensa de sustraer á los niños por el mayor tiempo posible de la *infección psíquica*, que inevitablemente reciben en la escuela. Esto que estoy diciendo podrá parecer herético, pero baste considerar que si los maestros en las escuelas no pueden ni aún garantizar la pureza de acciones y palabras de sus educandos, cómo podrán asegurar en la escuela la pureza de los pensamientos? Muchos maestros hay, desgraciadamente, que contaminan á sus discípulos, no con sus palabras y acciones, que pueden ser muy correctas, sino de un modo más sutil y poderoso: con sus malos pensamientos.

Es necesario, pues, que los padres de familia se penetren bien de la *sagrada misión* que tienen de dirigir, rodeándoles del mejor ambiente, la evolución espiritual de sus hijos, misión que por ninguna consideración ni por ninguna circunstancia, como serían la enfermedad ó los negocios les es permitido eludir.

De lo dicho se desprende que el agente de educación que los padres deben emplear para con sus hijos es, sobre todo, la influencia de su propia vida, la de sus acciones, la de sus palabras y sobre todo de sus pensamientos. Ningún padre tiene derecho de pensar mal delante de sus hijos, por recóndito que este pensamiento pueda ser. Los pensamientos tienen forma objetiva. Cuando pensamos creamos, á nuestro modo, un mundo de seres que nos influyen favorable ó desfavorablemente, y con mayor razón á los niños, según sea la naturaleza de nuestras creaciones. En esto somos verdaderos dioses. Los malos pensamientos de los padres tienen una naturaleza *infecciosa* para los hijos. Las personas *videntes*, que tienen desarro-

llados ciertos sentidos superiores, latentes en la generalidad de los hombres actuales, pueden ver, como nosotros vemos la luz del día, el contagio que los malos pensamientos producen sobre el *aura* ó atmósfera etérea ó luminosa que rodea á todos los seres humanos. Pero no basta que los padres vigilen sus propios pensamientos, no acariciando jamás ninguno que no quisieran ver reproducido en sus hijos: están, además, en el deber de cultivar afecciones altruistas y pensamientos elevados que provoquen ó estimulen los sentimientos análogos en sus hijos. Puede afirmarse, pues, que el porvenir de los hijos está en las manos de sus padres, primero por la herencia y después por la educación. Ellos pueden, elevando su propia naturaleza, ayudar poderosamente al perfeccionamiento de sus hijos; es decir, que ellos se perfeccionan ayudando á elevarse á aquellos á quienes han dado el ser. Si los padres quieren que sus hijos sean altruistas, afables, verídicos, fuertes en las adversidades, deben tratar de desarrollar en ellos mismos todas estas cualidades. Hay que corregir sus defectos con dulzura y benevolencia si queremos que ellos sean á su vez dulces y benévolo. Debe proibirse en absoluto ese sistema de rigor, de despotismo, tan recomendado por ciertos moralistas, muy estimados por desgracia entre nosotros. Los arranques de ira de los padres al corregir á sus niños, no pueden producir otro efecto que el volverlos intemperantes é iracundos.

Lo que se ha dicho de la influencia del modo de ser de los padres sobre los hijos, se aplica también á los que de algún modo tienen relación con los niños, como son las nodrizas, los criados, los amigos y sobre todo los maestros. Como regla general, no es deseable que los niños estén en manos mercenarias, puesto que ellos suelen estar colocados en un nivel moral inferior al de sus jefes.

En cuanto á los maestros, ellos continúan la obra educativa de los padres, y á ellos incumbe también parte de la tremenda responsabilidad de dirigir bien las tendencias de los educandos. La

influencia del maestro buena ó mala sobre los niños, es incalculable y depende sobre todo de sus pensamientos. Los maestros que piensan mal, aunque con sus labios enseñen lo contrario de lo que piensan, infectan gravemente el alma de sus educandos. De esto nos presenta la experiencia muchos y dolorosos ejemplos.

«Entra en los designios de la Naturaleza que la infancia sea tiempo feliz y no debemos omitir esfuerzo alguno para que así sea. No puede contrariarse en modo alguno ninguna de las leyes de la naturaleza, sin que tengamos que sufrir las consecuencias». Hay que evitar esa tendencia á contrariar á los niños ó impedir sus naturales expansiones y alegrías. Esto hará á los niños taciturnos, medrosos ó hipócritas. Sigamos en esto el ejemplo del Japón, país en donde la ternura con los niños constituye un verdadero culto, en el que se interesan todas las clases de la sociedad.

Debemos, finalmente, nutrir la inteligencia del niño con la verdad, sólo con la verdad, en todos los dominios del conocimiento. Llenar la inteligencia del niño con falsedades, so pretexto de que así lo exige la costumbre, la tradición de las familias ó por cualquier otra consideración, es un crimen de lesa humanidad.

Enrique Jiménez Núñez

(De *Páginas Ilustradas* n.º 181.—Artículo titulado *Ensayo sobre Antropotecnia*).

La madre es la educadora natural del niño en sus tiernos años. La madre que no se preocupa por la educación de sus niños es solamente una madre á medias.—*Erasmus de Rotterdam*.

✓ **En el album de un padre**

Esta criatura que ocupa tanta parte de mi vida y sin la cual me parece que no podría yo vivir, como si estuviese ligada á mi cuerpo por una arteria invisible, hace tres años, sin embargo, no existía ni siquiera en mi mente. Es extraño. Me parece que pensando profundamente en mi pasa-

do, debiera encontrar alguna huella de él, algún preanuncio.

Qué es esta aparición? De dónde vienes? Quién eres? Cuál es tu razón de ser, extranjero? Qué buscas, desconocido? Por qué á mi llamada has respondido tú, con los ojos celestes, y no otro con ojos negros? Responde, personaje misterioso.

La edad más bella de los niños, para quien tiene ojos de artista además de corazón de padre, es cuando pasan todavía de pie bajo la mesa, y se puede dirigirles con una mano sola, llevarlos á babucha sobre el pescuezo, esconderlos bajo un periódico, meterlos presos entre dos diccionarios, y todo su vestido, desde la gorrita á los zapatos, cabe cómodamente dentro de un viejo sombrero de papá.

A esa edad, la madre se encoleriza para ver poner los calzones á su hijo; pero cuando de diez veces una, mete él su piecesito por sí mismo, ella lo abraza con ímpetu y exclama altivamente: Eres un hombre!

Tienen una carita que parece una manzana con ojos, un cuello delicado que se puede ceñir con el pulgar y el índice, dos manecitas que es preciso mirarlas bien para convencerse que tienen ya los cinco dedos, y un piecesito que, francamente, no se puede tomar en serio todavía.

Su cabecita, según el momento, tiene olor á gorrion, á gato, á conejo, á nidos de golondrinas, á ladrillos, á madera, á barniz, á aceite, á todo lo que hay en casa, que ellos pueden tocar; y el aliento tiene un ligero olor lácteo mezclado á la fragancia de no sé qué flores; es un aliento que, al aspirarlo, parece que deba hacer bien á la sangre, como el del campo.

Es preciso ver las posturas que guardan en la cuna por la mañana, antes que se despierten. Quién puede contener la risa y los besos? Son posturas de soldados muertos en el campo de batalla, gesto de dolor desesperado, contorsiones de acróbata, abandonos desaliñados de amantes melancólicos. Ora descansan con un codo sobre la

almohada, ora se esconden debajo, ora se acuestan sobre la cabeza, de modo que buscándoles el rostro, encontráis la punta de los pies, y queriendo atrapar un pie metéis el dedo en su boca.

Y entonces es lindo tomar todo junto: niño, sábana, cubierta y colcha, y huir por la casa con la presa caliente entre los brazos.

Quien ve sin reír un niño de tres años, cuando apenas despierto, vestido y puesto en tierra, queda un momento inmóvil, restregándose los ojos, y después adelanta á paso lento, todo dormido, desgredado, de mal humor, lloriqueando y mirando á la gente de través,—ó cuando es presa del frío, y tiene lívida la naricita y camina con pasitos de títeres, haciendo pucherós y mil muecas y graciositas minúsculas, como para decir: «Soy chiquito, soy una cosa de nada, calentadme ó desaparezco,» ó cuando mete media cabeza en un tazón de café con leche, que sostiene con las dos manos, y mientras traga ávidamente, hace la guardia con el rabo del ojo á un bizcocho sobre el cual sospecha que tengáis alguna intención hostil; quien ve esas cosas sin reír, no tiene un sentido cómico delicado.

A esa edad, nada más bello que verlos correr.

Su carrera tiene algo del salto de una pelota de goma, del balanceamiento de un ebrio y de las evoluciones de una hoja arrebatada por el viento. La criaturita escapada del banco lánzase fuera de la estancia, tropieza con el gato, derriba una silla, entra á un corredor, y gambeteado y ayudándose con las manos, marcha de cuarto en cuarto, seguido de la madre, hasta el rincón más lejano de la casa, donde se refugia detrás de un saco de viaje, y desde allí intenta una última resistencia para arrancar una concesión al enemigo. Ah! en vano! es preciso dejarse lavar la cara.

Quién puede decir que es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el grito de la golondrina, el pío pío de los pollos, el maullido de los gatos. Son notas de flauta, murmullos y cuchicneos infinitamente suaves, gritos y gruñidos que lace-

ran los oídos, trinos de soprano, estallido de voces viriles, desentonaciones de tenor resfriado, falsetes de máscara, fioritura y pasajes extraños; todos los sonidos que brotan de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Acercad el rostro á su boca, haceos murmurar alguna palabra en el oído; á veces sale de ella un sonido que os turba, parecéos haber puesto el oído en el respiradero de una puerta misteriosa de la que salía una voz sobrehumana.

Ríe. No le he visto nunca reír con tanta gana. Es una risa desarreglada, desgarrada, dislocada. Tengo miedo de que le llegue á faltar la respiración. Se inclina á derecha é izquierda, echa la cabeza hacia atrás, se le llenan los ojos de lágrimas, el rostro se le pone violado.—Pero, vamos! basta! te va á hacer mal! cesa de reír! Concluye de una vez! Pero por qué ríes? Qué ha habido... Ah... pícaro! me habías puesto un bonete de papel en la cabeza!

Vestidos parecen algo, desnudos no son nada. Se palpa aquel cuerpecillo, se sienten aquellos huesos sutiles que parece van á romperse si se les pone encima la mano, y se tiembla pensando en el ténue hilo á que está ligada aquella cara vida. Cuánto tiempo y cuántos dolores, para él y para quien lo ama, antes que su pequeño brazo pueda rechazar la ofensa de un hombre! Miradlo allí, desnudo, á ese hombrecito, arrancado ayer recién nacido al seno de la madre! Cómo? Y ha de llegar un día en que tengas barba, y te pongas sombrero de copa alta? y comprenderás á Tito Livio? y sabrás resolver una ecuación de segundo grado con tres incógnitas! Oh, bah! bribonazo! eso no puede ser!

Debiera curarme de esta debilidad. Estoy sentado al escritorio, escribo, tengo la cabeza llena de pensamientos graves, la distracción misma me inquieta, tengo prisa de concluir; y con todo eso, es necesario que deje la pluma, que me levante, atraviese la habitación apartando las sillas, tro-

pezando con los juguetes, incomodando á tres ó cuatro personas para ir á estrechar entre el índice y el pulgar, por un momento solo, la pulpita de aquella piernecita que desde mi asiento veo blanquear en un rincón oscuro tras el respaldo de una silla.

Satisfecho este capricho, vuelvo á mi escritorio con el corazón en paz y la mente dispuesta. De otra manera no consigo acabar la página.

Gran voluptuosidad la de maltratar á un chiquitín y cubrirlo de vituperios!

Eres un gandul, eres pesado, eres imbécil, eres duro, eres feo! Comes como un buey y duermes como un topo; eres un ignorantón y un inservible que me arruinas y me condenas el alma: un día de estos voy á darte una cantidad de garrotazos! no te quiero más, te arrojo de casa, tendrás un mal fin, irás á parar á la cárcel! eres mi vida! te adoro!

Hasta el amor de los niños tiene sus furias. Un verdadero padre se siente algunas veces un poco antropófago, y desearía estar en una casa aislada para poder saciar su hambre sin que acudan los vecinos á los gritos de la víctima. No chilles, has oído?

Mi deber es mantenerte, el tuyo consiste en dejarte besar en la cabeza, en los ojos, en la boca, en el pecho, en el cuello, hasta que no me queden fuerzas.—Grita! Grita! Qué me importa! Con tal que yo me sacie!

Ah! si no tuviese miedo de sofocarte! Ya lo veo; está escrito: un día de estos te trago como un bizcocho.

Esta mañana paseaba por el cuarto con él extendido sobre los brazos como en una cuna. Tenía los ojos cerrados, y dejaba balancear la cabeza y las piernas. La nodriza dijo: Parece muerto. Esta palabra me heló la sangre en las venas. Me puse á pensar qué sería de mí si él muriese. Me pareció que me enloquecía. Me interné en ese pensa-

miento. Tomaría en los brazos al niño muerto, pensé, saldría de casa, atravesaría la ciudad, ganaría el campo é iría de sendero en sendero, de aldea en aldea, de día, de noche, con viento, con lluvia, mudo, infatigable, estrechando con las manos rígidas aquel cuerpecito helado, hasta que llegara á una llanura inmensa y siniestra, donde rompería de pronto en un tal estallido de llanto, que se me rompería una vena en el pecho y caería sin vida.

Ha roto un vaso, ha derribado una luz, hace pedazos la alfombra, atormenta las puertas, hace resonar los vidrios... arroja al aire los juguetes... cubre las voces de todos. Qué infierno en esta casa! Qué paz en mi corazón!

Cuando estoy triste veo en cada una de sus traversuras la imagen de una desgracia que le puede suceder, y me pierdo en mil presentimientos dolorosos. Rompe una pierna á un títere, y yo pienso: Se romperá una pierna en una caída? Juega á la pelota, y me pregunto: Será un jugador? Cuando hace sonar su tambor, me imagino que puede morir en la guerra; cuando derriba un altarcito temo que llegue á ser un excéptico; cuando lo veo acurrucado en medio de dos sillas, me parece que un día puede ser arrojado en una prisión. El? Son sueños.

Hasta que yo viva, no le acontecerán desgracias. Le seguiré como la sombra al cuerpo. Seré su amigo, su confesor, su centinela. Pero después?

Ah! el pensamiento de dejarlo solo en el mundo me aterra, tengo miedo de la muerte, me he hecho pusilánime. Quisiera vivir un siglo, quedar decrepito, ciego, paralítico, arrodillado perpetuamente en una silla, para que en los días de dudas y de peligros pudiese aferrarle la mano, tocarle la cabeza, suplicarle, si no con la voz, al menos con los gritos y las lágrimas, que jamás se aparte de la senda del honor.

Y siempre me detengo en el pensamiento de la belleza.

No creía que un padre, además del afecto que todos comprenden, pudiese alimentar por su hijo un sentimiento tan afín al de un escultor por su estatua. Yo también espío con trepidación, el rostro del que lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como un artista incierto de su obra.

Cada una de sus bellezas me parece un mérito de mis manos, cada una de sus imperfecciones el efecto de una negligencia mía.

Cada día se me presenta con un aspecto diverso. Lo miro y lo remiro, de frente, de perfil, adelante, atrás, de arriba, de abajo; corrijo con los ojos ciertos de sus rasgos, quedo perplejo, pero concluyo siempre por darme una refregadita de manos, y decir que es un bello trabajito.

Son grandes niveladores del corazón humano los niños! Una pobre mujer con un niño en los brazos, sentada en el umbral de la puerta, ve pasar una señora en carruaje, con un niño en las rodillas. El chiquitín de la señora está vestido de terciopelo; el suyo está vestido de andrajos; aquel tiene un sinnúmero de juguetes, aquel come confites, el suyo roe un pedazo de pan negro.

Y sin embargo, de las miradas que cambian las dos mujeres sobre sus propios hijos, la que expresa un sentimiento de envidia es la de la señora.

La pobre mujer lo observa, y exclama con un estremecimiento de orgullo: El mío es el más bello!

Hoy le he hecho tomar un baño, y viéndolo desnudo y bello, chorreando agua y riendo, pensaba: Y sin embargo, á e-tas pobres criaturas la fiebre las consume, la viruela las ciega, la tos convulsa las sofoca, el crup las estrangula, y es preciso verlas ponerse negras, rebatirse, revolver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro agitando las manecitas y quedar rígidas; es necesario verlas encerrar en un cajoncito, ver que se las llevan envueltas en un paño negro y las arrojan en un foso y las cubren de tierra y piedras, y después regresar á la casa de uno, pensando que quedan allí

solas bajo la nieve, en medio de un campo de esqueletos; y al entrar en casa, á ver de nuevo sus juguetes y sus trajecitos, la cuna vacía, la sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío, y sentir resonar en aquel horrendo silencio la risa de los niños de los vecinos.

Ah! cuando esto sucede me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra una pared, ó caer de rodillas y permanecer perpetuamente con la frente inclinada sobre la cuna.

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, no me aterra ya el pensamiento de la muerte, ó no me entristece sino en cuanto se relaciona al de su porvenir.

Pero si por su vida debiera sacrificar la mía; si con la seguridad de salvarla, debiera hacerle escudo de mi cuerpo, y defenderlo sin defenderme, inmóvil con ella en los brazos, y diez asesinos á mi espalda; oh! tiemblo con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia ante ese pensamiento. Creo, siento, juro, que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar:—Piedad!—y sin derramar una lágrima sobre mi destino...

Edmundo de Amicis

Querría yo que se tuviera más cuidado en escoger para el niño un conductor que tenga la cabeza bien hecha mejor que muy llena.—*Montaigne.*

✓ La infancia

Feliz, feliz época la de la infancia para siempre desaparecida! Cómo no amarla, cómo no estar siempre acariciando su recuerdo? Su recuerdo ha refrescado y reconfortado muchas veces mi alma y ha sido la fuente de mis alegrías más puras...

Después de haber estado todo el día corriendo hasta fatigarme, vengo y me siento á la mesa del

té, en mi alta silla de niño; es ya muy tarde y hace ya rato que me he bebido mi taza de leche con azúcar. El sueño cierra materialmente mis párpados, mas yo no me muevo de mi sitio, me quedo donde estoy sentado y escucho. Cómo no escuchar? Mamá está hablando con alguno, y es muy dulce el sonido de su voz, muy agradable. Tan sólo el sonido habla tan intensamente á mi corazón! Con mis ojos medio cerrados por el sueño, me quedo mirando su rostro con fijeza, y de pronto va haciéndose pequeño, pequeño... no mayor que un botón, pero, le veo con una limpidez extraordinaria y veo que me mira y se sonríe. Me gusta ver tan pequeñita su cara. Voy cerrando todavía más los ojos, y entonces se me figura no mayor que esas pequeñas imágenes que vemos en el fondo de las pupilas. Mas, ay! de pronto remuévome en mi silla y el encanto queda roto. Cierro todavía más los ojos, me vuelvo á un lado y á otro; por todos los medios que me sugiere mi infantil ingenio intento rehacerlo, pero todo es vano, me levanto y poniéndome como de rodillas me instalo lo más cómodamente que puedo en el sillón.

—Vas á dormirte otra vez, Nikolenka—me dice máma;—harías mejor en subir á acostarte.

—Es que no quiero todavía dormir, mamá,—contesto; y unos sueños muy vagos, pero muy dulces, me llenan de nuevo la imaginación; el bueno y confortante sueño de la infancia cierra otra vez mis párpados, y al cabo de un momento me quedo dormido, permaneciendo en la misma postura hasta que me despiertan... A veces siento á través de mi sueño, que una mano me acaricia tiernamente, y aún durmiendo reconozco esta mano, la tomo y apretándola muy fuerte, muy fuerte la llevo amorosamente á mis labios.

Todo el mundo se ha retirado ya; únicamente una bujía queda encendida en el salón. Mamá dice que ella misma me despertará... se sienta en el propio sillón donde estoy yo dormido, y pasa su mano fina y suavísima por mis cabellos y mis mejillas y hasta oigo el murmullo de su voz bien conocida y encantadora:

—Anda, levántate, hijo mío; ya es tiempo de ir á la cama.

Ninguna mirada indiferente ó fría la contiene; no teme ya derramar sobre mí toda la ternura de su amor. Yo ni siquiera me muevo, pero aprieto su mano con mayor fuerza todavía.

—Levántate, angel mío.

Con su otra mano me acaricia el cuello, y moviéndolos con rapidez sus dedos cosquillean suavemente mi piel. La cámara está silenciosa y medio á oscuras; mis nervios se hallan excitados por el cosquilleo y por el despertar, todo á un tiempo; mamá está junto á mi, me toca, siento su perfume, oigo su voz... Echo de pronto un brinco, con mis brazos rodeo su cuello, ella aprieta mi cabeza contra su pecho y yo murmuro:

—Oh! mamá, oh! mi queridísima mamá, cuánto te amo!

Ella sonrío, con su triste y encantadora sonrisa; con sus dos manos coge mi cabeza, la pone sobre sus rodillas y me besa en la frente.

—Pues es verdad que me amas mucho, mucho? Cállase un momento, y después añade:—Amame siempre así, no me olvides jamás... Cuando haya dejado tu mamá de ser, tu no la olvidarás!.. Verdad que no la olvidarás, Nikolenka?

Y al decir estas últimas palabras, me besa con mayor ternura todavía.

—Vaya, no digas eso, palomita, alma mía!—exclamo besando sus rodillas, mientras las lágrimas fluyen de mis ojos lo mismo que dos riachuelos... pero son lágrimas de amor y de felicidad.

Cuando después subo á mi cuarto y me arrodillo ante las imágenes sagradas, con mi sola ropa de dormir, invade mi espíritu un extraño sentimiento al pronunciar estas palabras: «Señor, guarda la vida de papá y mamá!» Y cuando repito las plegarias que balbucieron por primera vez mis labios de niño, aprendiéndolas de labios de mi madre, mi amor por ella y mi amor por Dios fúndense extrañamente en un mismo éxtasis.

Después de los rezos, me meto en la cama, y

siento entonces mi alma sosegada, diáfana, ligera; y desde aquel punto unos sueños suceden á otros sueños; todos tranquilos y apacibles y, aunque vagos é imprecisos, todos rebosantes de amor, de un amor puro, y animados por la esperanza de una felicidad sin nubes. Algunas veces sueño en la suerte triste de Karl Ivanovitch—(1) el único hombre infeliz que yo conozco,—y es tanta la pena que me causa y le amo tanto, que las lágrimas inundan mis ojos y digo: Dios le dé la dicha, y me dé á mí la posibilidad de socorrerle y de aliviar su dolor.... Y entonces me siento capaz de todo sacrificio por él. Tomo después mi juguete favorito—un conejo ó un perrito de fayenza—lo coloco con mucho cuidado junto á mi almohada de plumas y me quedo admirado de lo bien que ha de estar allí y lo calentito. Ruego otra vez á Dios para que dé la felicidad á todos, para que estén contentos todos, y que mañana haga un día bueno para salir á paseo; me vuelvo del otro lado, se mezclan todos mis pensamientos, mis sueños se confunden, y me duermo dulcemente, tranquilamente, todavía el rostro humedecido por las lágrimas.

Candor, falta de todo cuidado, necesidad de amar, fe de la infancia, os hallaré otra vez algún día? Que otra época de la existencia puede ser superior á aquella en que las dos mejores virtudes—la alegría inocente y la necesidad ilimitada de amar—son los únicos resortes de la vida!..

A donde fueron aquellas ardientes plegarias y —oh! don precioso—aquellas purísimas lágrimas de ternura? El ángel consolador acudía a mí sonriente, enjugaba mis lágrimas é inspiraba sueños dulcísimos á mi inocente imaginación de niño.

La vida, después, dejará en mi corazón tantas penas y amarguras que para siempre se habrán alejado de mí esas lágrimas y esos impulsos generosos, no quedando en su lugar más que su recuerdo y su añoranza?

León Tolstoi

(1) El preceptor de Nikolenka.

Escolares dichosos

Numerosas escuelas suecas están provistas de jardincitos donde los niños ven crecer i desarrollarse una planta, una flor favorita que han cultivado ellos mismos. En las ventanas un pequeño acuario encierra una interesante sociedad de animales: peces, conchas i moluscos de toda especie, arañas de agua, etc. Los primeros elementos de jeografía se enseñan en el verano a todo campo, en el invierno con la ayuda de un jardín artificial arreglado en una sala especial; montículos de roca i arena, grandes fragmentos de peñascos arrojados confusamente o cortados a pico, depósitos de agua que corre en delgados hilos i desciende en cascadas, una pendiente o un otero musgoso con una minúscula casita, i el niño tiene ante sus ojos la montaña, el fjord, los ríos y el *gaard*. Se le enseña a orientarse, a reconocer la dirección del viento, a observar el barómetro. Después de cada lectura i de cada lección de cosas, se le invita a ilustrar por medio de un dibujo el recuerdo o la impresión que la lectura o la lección le ha dejado. O bien es el objeto que le ha gustado mas en el jardín, en la clase o en la casa, el que debe reproducir no solamente al lápiz, sino tambien con colores. Así se despierta a tiempo la observación i la imaginación. He podido ver en una sala de la Universidad que servía de sala de exposición, estos hermosos dibujos de niños, deliciosos e informes, despreciando todas las reglas del dibujo jeométrico, pero encantadores por su injenuidad i sus observaciones, algunos revelando ya una almita de poeta o una pequeña mano de artista. Casi siempre son objetos del campo o del mar: ramas o guías de flores, un pescador con su red, una barca que sozobra entre gruesas manchas negras que figuran la tempestad. Con arcilla los niños modelan con sus deditos ágiles frutos i animales que coloran en seguida; tambien aquí qué predilección por las manzanas bien rojas,

las uvas bien negras i los gatos i los perros cojos de todas las patas!

Esta educacion en pleno aire, en plena realidad, en contacto directo con la naturaleza, con la forma i la belleza de las cosas no es acaso la verdadera cuando ante nosotros está el niño con sus entusiasmos, sus ímpetus, sus sueños, su curiosidad siempre insaciada del mundo i de las cosas? Cuando cesaremos nosotros de encerrar a los chicos en los límites estrechos de un banco de clase, en la inmovilidad, en el silencio impuesto por una supervijilancia tan culpable como benévola? El mundo exterior o vivo, toda la naturaleza deben ser sus dominios.

Matilde Parmentier

(De la *Revue Pédagogique*, Mayo 1908. Trad. de Amanda Larca Hubertson).

Cuán amargas son á veces las ironías del niño y sus preguntas!—*Arthur Hellf.*

√ La imaginación en la niñez

Es casi una ley inexorable de nuestra pobre naturaleza humana que, en el desarrollo de su infancia saludable, es puesta por los cielos en la absoluta necesidad de emplear su imaginación así como sus pulmones y sus pies; que se ve forzada á desarrollar su facultad de imaginación, como un pájaro sus plumas para volar; que ningún juguete que podáis proporcionarle superará al placer que siente en imaginar que no existe; y las historias más instructivas de los milagros del mundo que le podáis compilar nunca conquistarán el interés del cuento que á un niño inteligente puede contarse sobre el naufragio de un pétalo de rosa en los escollos de un arroyuelo.

Una de las pruebas más curiosas de la necesi-

dad que tienen los niños de ejercitar la facultad de inventiva y de creencia—la *besoin de croire* (1), que precede á la *besoin d'aimere*—la encontraréis destruyéndoles un juguete para hacerles más palpable la imitación de la vida. Nunca veis á un niño hacer una diversión de un barrilete mecánico que rueda por el suelo, de un perro de aguas que ladre, de un volatín que salte sobre el alambre. El niño se enamora de una cosa en reposo; de una cosa fea; más aún, quizás de una cosa para nosotros desprovista de sentido. Mi primita Lily cogió un pedazo de vara con un nudo redondo en un extremo para que le sirviese de muñeca un día; la curó de muchos males con la más tierna solicitud y en la ocasión gravemente importante de haberle hecho una nueva camisa de noche, hizo bajar la cabeza á su madre para que recibiese el confidencial y tímido cuchicheo: «Mamá, acaso hubiera sido mejor que no tuviese mangas, porque como Bibsey no tiene brazos, no la querría».

John Ruskin

Acudimos tarde á corregir al hombre, cuando hemos descuidado al niño.—*Juan Bovio.*

✓ El lugar vacío

Sentáronse á la mesa y como vieran el asiento vacío, dijo el padre:
Era su cabellera como el trigo
maduro en el otoño; y un hermano
agregó así: Sus ojos eran dulces
como los de los niños; y un pequeño
dijo: Sus largos besos me sabían
á fruta y miel; y la afligida madre

(1) En francés en el original inglés.—*N. del T.*

gimió para decir: Era tan buena!
Todos callaron y todos hasta el niño,
fijaron las miradas largamente
en el lugar vacío... y en silencio
se llenaron de lágrimas sus ojos...

Luis Rosado Vega

✓ **Commiseración**

Sobre un carro, á la orilla del mar, están dos niños sentados. En sus rostros puede leerse la espresión del hambre y de la indigencia. Hijos del pecado, abandonados á sí mismos, trabajan para vivir. El más joven muerde un pan negro, recibido poco antes: el otro lo mira con ojos compasivos; está hambriento, pero calla. Aquella mirada ha conmovido al compañero...

—Tienes hambre? le pregunta.

—Sí! responde el más viejo.

—Toma! y le alarga todo el pedazo de pan.

—Y tú? le pregunta el otro con un hilo de voz...

—Yo he cenado ayer tarde; come sin cuidado..., y bajo los rayos solares, se echa en el carro, para olvidar con el sueño el sacrificio realizado. El otro devora el pan como si fuera ambrosía.

Comprende ahora lo que quiere decir commiseración!

R. Katalinich Jeretov

AUTORES	TITULOS	Núm. de ARIEL
De Amicis, Edmundo..	En el album de un padre.....	27
Ferri, Enrique.....	Las ideas marchan.....	26
Foro (El).....	Lo que debe hacerse.....	15
France, Anatole.....	Lo mudable de la moral.....	19
Gómez Jaime, A.....	La canción de la primavera.....	19
Gellert.....	La espada de Damocles.....	22
Gorki, Máximo..	Los elegidos del pueblo.....	25
Greeley, Horacio.....	El verdadero rey.....	24
Guyau, Juan Ma.....	Lo que sobrevive.....	26
Holder, Fred.....	Voladores sin alas.....	13
Harduin, H.....	Extraño fenómeno.....	14
Hearn, Lafcadio.....	Haru.....	20
Hericourt, J.....	La castidad no hace daño.....	20
Homero.....	Ulises y la princesa Nausica. Polifemo. Ulises desciende á los infiernos. La recepción del porquerizo Eumeo. Reconocimiento de Ulises y Telémaco. Argos reconoce á su amo. Reconocimiento de Ulises y Penélope. Reconocimiento de Ulises y Laerte.....	16 17
Irving, Washington....	Corazón deshecho.....	24
Jiménez, Ricardo.....	La lucha es necesaria.....	14
Jiménez N., Enrique...	Al campo, jóvenes.....	14
	Ambiente espiritual del niño....	27
Jiménez, Juan R.....	Elegías de los <i>Jardines Lejanos</i> ..	18
	Los niños abandonados.....	27
Jeretov Katalinich, R..	La mujer. El asno.....	19
	Comiseración.....	27
Kennedy, Bart.....	La superactividad que mata.....	15
Kielland L., Alejandro	Una carta es para mí.....	25
Laisant, C. A.....	Recompensas y Castigos. Enseñanza de la historia. Educación integral.....	15
	Diversos rompe-cabezas: baturrillo matemático.....	21
Lefebre André.....	Sacerdotes brujos.....	15
Lugones, Leopoldo....	Viola Acherontia.....	18
Londoño, Víctor M....	Trabajar y crear con alegría.....	18
Lecca, Gheorghe H....	La araña.....	19
Le Bon, Gustavo.....	Aprender haciendo.....	20
Letilier, Valentín.....	La eficacia docente de la prensa.	26
Lillo, Samuel A.....	El triunfo de la selva.....	21
Lillo, Baldomero.....	El rapto de sol.....	25
Legouvé, Ernesto.....	Flores de invierno.....	23
Larousse.....	Los castigos físicos en la escuela	26
Lombroso, César.....	Los niños ante los tribunales....	27
Magallanes Moure, M..	El estanque. Los bueyes. La carrreta.....	13
	Final de otoño.....	26
Masferrer, Alberto....	Los jornaleros. Mi bandera.....	15

AUTORES	TITULOS	Núm. de ARIEL
Medina, Vicente.....	Como mi niña.....	19
Montesquieu.....	Sin virtud no hay democracia...	20
Meyrink, Gustavo.....	El espanto.....	22
Michaud, Gustavo.....	Aparato para hacer hidrógeno...	22
Maeterlinck, Mauricio.....	Un beso heroico.....	21
Millevoye, Carlos.....	La caída de las hojas.....	23
Martin, Aimé.....	La misión de la mujer.....	23
Martínez Sierra, G.....	Proverbio.....	24
Mondaca R., Carlos.....	Evangelio.....	25
Nirvana, Pablo.....	Esclavo de la vida.....	19
Negri, Ada.....	Fin de la huelga.....	23
Ortiz de Pinedo, José.....	Cuento de niña.....	19
Poe, A. Edgar.....	El cuervo.....	15
Parmentier, Matilde.....	Esclares dichosos.....	27
Payot, Julio.....	El periodismo.....	20
Prudhomme Sully.....	Los ojos.....	26
Ruskin, John.....	La ley de la ayuda. Tumbas. La corte El hombre y la mujer...	13
	Ojos y microscopios. Sobre el cultivo de los jardines. Sobre la educación de los niños. Adies- tramiento en los oficios ma- nuales. Los grandes hombres laboriosos. Educación y cri- men. Esclavitud.....	14
	Los musgos.....	26
	La imaginación en la niñez.....	27
	La espada de Damocles.....	12
	Dos modos de educar.....	23
	Nuestro reino interior. Hylas.....	23
	La niña que pide.....	24
	Soy como la golondrina.....	24
	El lugar vacío.....	27
	El buzo. El ideal. Fidelidad.....	14
	Contra una gran pretención.....	21
	Confianza en la propia razón.....	21
	Ciencia viva y sabiduría muerta.....	21
	La mano.....	23
	La mayoría es agricultora.....	18
	La infancia.....	27
	Fragmentos de un discurso.....	22
	El boyero.....	23
	Formas de civismo.....	25
	La voz del pueblo. Los obreros. Sol de sangre.....	20
	La superstición gramaticista.....	24
	Blancas, dulces y muertas. El pasó.....	19
	Vigilia. Algo me dijiste... Arte..	19
	Prepáremos el porvenir.....	14
	Pensamientos escogidos de Goe- the, Shakespeare, Ardigó, etc.	22 27